

vigentes hasta la Ley General de Educación de 1970— y el intento de variar el inmutable sistema educativo de la Restauración en manos de la política educativa de la II República. Sin lugar a dudas, el libro es, como ya hemos comentado, una herramienta de gran utilidad para todos aquellos que quieran profundizar en el conocimiento de la educación en Menorca desde una visión precisa y sintética, aunque esperamos que pronto podamos considerarla superada en la medida que implicará que el hecho educativo de nuestra isla es objeto de un mayor interés por parte de los historiadores en general.

XAVIER MOTILLA SALAS

MOLERO PINTADO, Antonio: *La Institución Libre de Enseñanza. Un proyecto de reforma pedagógica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, 223 pp.

En primer término, justo será consignar la satisfacción que produce observar la favorable acogida que está suscitando la Colección Memoria y Crítica de la Educación dirigida por el profesor Agustín Escolano Benito y editada por Biblioteca Nueva. En esta oportunidad, la responsabilidad —magistralmente solventada— del segundo número de la colección está a cargo del conocido prof. Antonio Molero Pintado.

La obra que presentamos viene a aquilatar —si cabe— la ya realizada tiempo atrás por el mismo autor. Incluyendo, en esta ocasión, una sugerente batería gráfica en virtud de la cual el lector podrá fijar su retina en los espacios, figuras y materiales varios generados a partir de las aspiraciones de una Institución Libre de Enseñanza definida en el libro que damos cuenta como verdadero «empuje remodelador de la vida y la cultura española que toma el krausismo como modelo intelectual y el liberalismo como instrumento político».

La arquitectura del libro se sustancia en cinco capítulos, un epílogo, la ya indicada parte iconográfica, así como una postrera informada por varios anexos que permitirán

al lector radiografiar la intrahistoria de la Institución. Y, todo ello, como es uso y costumbre en la obra del profesor Molero Pintado sazonado por un sólido aparato bibliográfico y documental que permite anunciar sin equívocos la solidez del trabajo.

En un primer apartado, se relatan y analizan los antecedentes y el contexto histórico en el que se sustancia el proyecto institucionista. En el pórtico de entrada vemos pasar interesantes claves y reflexiones que ayudan a encuadrar adecuadamente la génesis del movimiento institucionista. El agotamiento del régimen isabelino, el Sexenio revolucionario y su Constitución de corte liberal-radical, la Restauración y el posibilismo constitucional que patrocina o, finalmente, el tracto histórico republicano son tramos históricos que en una u otra medida afectarán el decurso de la ILE.

A pesar de la programática neutralidad defendida por la ILE, Molero Pintado nos anuncia el hecho cierto de que la proyección institucionista florece con mayor claridad al calor de los gobiernos de corte liberal y, en consecuencia, llegará a tener cierta presencia en el «poder» a partir de 1907, ejemplo de lo cual es la inspiración que la República toma de algunos presupuestos de la ILE, fundamentalmente en el primer bienio.

Un segundo epígrafe centra su atención en el grupo de hombres que hicieron posible el desideratum institucionista. Molero Pintado dibuja una semblanza —no sólo profesional, académica, sino también humana— en relación a un grupo de gentes que destacaron por su fuerte humanismo y convicción hacia unas ideas que, a pesar de las enormes dificultades de todo orden que hubieron de lidiar, lograrán consolidar sus expectativas prístinas. En parte se explica apelando a que «la ausencia de brusquedades programáticas y de modificaciones formales en los objetivos, es otro de los rasgos más acusados en este grupo de educadores».

Así las cosas, personajes y personas de la talla de Giner de los Ríos, Cossío, José Castillejo o ese «educador de la juventud» que fue Jiménez Fraud desfilan por las páginas del libro del que damos cuenta.

Interesa destacar, así nos lo recuerda el autor, no sólo la luz irradiada por las figuras señeras de la ILE sino, además, significar la trascendencia y papel de «esa mayoría difusa que encarna en su conjunto el verdadero esqueleto del programa educacional».

Una tercera parte está dedicada a la reflexión y apunte certero en relación a descabalar algunos tópicos recurrentes que aún perviven en relación a los institucionalistas como el origen mismo de su proceso constituyente. Sobre este particular, Molero Pintado señala que «nada más erróneo suponer que la fundación de la ILE obedeció a un toque homogéneo de voluntades entre hombres de campos afines».

En este mismo sentido, arroja luz bastante para desmitificar otro de los sempiternos sambenitos con los que será tildado su proyecto y sus gentes por parte de no pocos desconocedores de la ILE: su presunto antiespañolismo. Gracias a sus múltiples incursiones allende nuestras fronteras, los institucionalistas pudieron aprehender y recoger los benéficos influjos de buena parte del sistema educativo anglosajón, o las excelencias patrocinadas por la III República francesa en materia de formación de maestros. No obstante, Molero Pintado apunta y subraya el hecho de que los institucionalistas buscaran siempre una solución autóctona, propia a las cuestiones nacionales.

El trabajo también se interesa por fotografiar los rasgos de la educación predicada por la ILE encontrando sus mimbres en la formación no sólo de estudiantes sino de hombres, en el carácter integral de las enseñanzas, en los métodos activos, en su creencia en la inviolabilidad de la ciencia, en la metodología intuitiva... A todo ello debemos sumarle excursiones, toda suerte de visitas, juegos, deportes, vivencia del «goce estético» tan importante para Cossío, laboratorios, talleres y un interminable etcétera que dan cuenta y razón del ideario educativo y humano informado por la ILE.

Recibe, además, cumplida mención el análisis que gravita en torno a la preocupación permanente de los institucionalistas sobre la reforma de la educación nacional desde una coordinada regeneracionista;

reflexiona sobre las ideas de la ILE en relación a las atribuciones de la Administración estatal en materia escolar, la necesaria vinculación de la red educativa y el sistema productivo o los problemas «urgentes» declarados por Altamira y sus compañeros de viaje en relación a la necesidad perentoria de apostar por una sólida formación de maestros.

Como habrá adivinado el lector, el profesor Molero Pintado no olvida el análisis de las realizaciones señeras, de los organismos creados al calor del proyecto institucionalista. Da cuenta de ello el recorrido a través del conocido Museo Pedagógico Nacional, la Junta de Ampliación de Estudios que tan buenos réditos intelectuales produjera, la inolvidable y recordada Residencia de Estudiantes o el Instituto-Escuela.

En definitiva, el libro que presentamos rinde justo tributo —desde el rigor histórico y como gusta decir Molero Pintado escrutando «el pasado pedagógico español sin ira y con estudio»— a un movimiento educativo, cultural, humanístico e intelectual que, gracias a la firmeza de sus convicciones —bregando ante los múltiples imponderables nacidos de coyunturas políticas, económicas o ideológicas que hubo de sortear (recuerda el autor cómo los primeros momentos han de ser adjetivados como «una vida heroica»)— lograron llevar al mejor puerto posible sus anhelos: el de la vigencia de sus ideas.

Lo anunciado, verbigracia, el 15 de marzo de 1877 en ese importante órgano de difusión que fue el BILE —del que, claro está, también encontrará el lector nutrida información— no nos dejará faltar a la verdad de lo expuesto con anterioridad: «[...] el ideal de que el profesor no tenga otro criterio que el de su propia conciencia, el estudio otro método que el dictado por la razón, la verdad otro sistema que el nacido de su naturaleza, el pensamiento otra escuela que de la libre investigación, la vida científica, en suma, más guía, más principio que la indagación ajena a todo espíritu de exclusivismo, a todo estrecho sentido de secta [...]».

JUAN CARLOS HERNÁNDEZ BELTRÁN